

# EL VACIO DE NASSER

Si es ésta la hora de aplicar pesos y medidas, la vida y la obra de Nasser ofrece un misterioso contrapeso entre una dinámica de sueños y esperanzas que dio a su pueblo —y aun a la gran idea abstracta de «la nación árabe»— y una larga y grave serie de frustraciones. Casi su principal milagro ha sido el de mantenerse en pie, vibrante y erguido, en medio de una serie de derrotas, de ataques, de presiones. Eso se paga, y Nasser lo ha pagado con este infarto de miocardio, que se le llevó en un momento que se define como especialmente grave. Si se reflexiona, podrá verse que cualquier momento en que la muerte hubiese alcanzado a Nasser hubiese podido calificarse de especialmente grave.

**E**L sueño y la frustración de Nasser están claramente unidos: en su vida se resume el drama contemporáneo del tercer mundo que él asumió. Combatiente contra el imperio británico, la revolución de Naguib le pareció blanda, con una tendencia parlamentaria y de democracia al estilo británico que consideró inviable. Así tomó el poder —absoluto— y en 1954 y para aplicar la idea del neutralismo en política internacional —el difícil, el peligroso juego de obtener el máximo de cada uno de los bloques enfrentados sin dar nada a cambio, más que la neutralidad— comenzó a aplicarlo en el interior, mediante la eliminación —física— de dos fuerzas: las comunistas, y la extrema izquierda, y los conservadores tradicionales —los "Hermanos Musulmanes"—. Fueron dos fuerzas importantes, aunque opuestas, en la lucha por la independencia. Se ha podido creer que de esta forma quedó desmedulado el país: que la estricta y disciplinada organización comunista hubiera podido crear un ejército;

que el fanatismo de los "Hermanos Musulmanes" hubiese podido dar el elemento de "razón de lucha".

Ciertamente, las derrotas árabes habían comenzado antes, con la invasión frustrada de Israel en 1948: se culpó entonces a la corrupción de una monarquía degenerada en Faruk de la descomposición, pero no se consiguió más con la reorganización nasserista. No se consiguió tampoco el sueño de la "nación árabe", cuyas raíces comunes —cultura, religión, idioma— estaban falseadas por la división en regímenes opuestos como consecuencia del colonialismo y del neocolonialismo. Los países de monarquías feudales quedaban a su derecha —Arabia Saudita, Jordania, los emiratos—, mientras un socialismo árabe —Baas— en Siria y en el Irak le desbordaban por la izquierda: cualquiera de los dos extremos tenían mayor fuerza de atracción que el centrismo personal de Nasser. Falladas continuamente las operaciones contra Israel, demolida en el mundo de la posibilidad del neutralismo, imposibilitada la creación de la nación árabe, los idealismos de Nasser se frustraban uno tras otro; sin embargo, aparecían elementos constructivos para su país, como la nacionalización del canal de Suez y la construcción de la presa de Assuan. Prácticamente, el fin del "nasserismo" como doctrina puede situarse hacia 1959 con el predominio del baasismo y la disgregación de la República Árabe Unida, con la revolución del Irak y la guerra del Yemen. En cuanto a Nasser se le dio personalmente terminado cuando la tremenda derrota de la "guerra de los seis días" le hizo lanzar su proclama de dimisión. Siempre se ha dudado de la sinceridad de aquel momento. Podía suponerse que Nasser, literalmente hundido por la derrota, quería en realidad desaparecer del mundo político —y del mundo en general: a partir de entonces comenzó a decirse que estaba gravemente enfermo y que sus viajes a la URSS eran más que políticos, médicos—, pero se supuso que era una trampa para ganar, como lo hizo, la rápida adhesión de su pueblo, erguirse de nuevo en el poder y depurar el ejército, cargando sobre otros la responsabilidad de la catástrofe.

A partir de entonces aparece Nasser como un hombre moderado en el problema de Oriente Medio. Si la fuerza no le ha ayudado, busca esa otra fuerza que es la astucia política y diplomática, en la que ha sido siempre considerado como un genio, con la fácil comparación de la maestría árabe para el ajedrez. Ciertamente, sus mejores rasgos fueron los de sacar posiciones ventajosas de la débil situación de su pueblo. Nasser consiguió, por fin, algo parecido al neutralismo en el momento en que la oposición de los bloques se agotaba y se dirigía hacia la coexistencia. Con la alianza y la ayuda de la URSS, tenía el respeto de los Estados Unidos, que le estaban considerando ahora como la última posibilidad de establecer la paz en Oriente Medio. Fue el primero en aceptar el Plan Rogers y en tratar de contener la desesperación palestina: su última gestión ha sido el intento de apaciguamiento entre palestinos y jordanos.

## UN ABRAZO EN EL CAIRO

El abrazo de El Cairo —Hussein y Arafat, el Rey y el «fedayin»— es el cuarto de este año. En febrero, en marzo y en junio se concluyeron pactos entre Jordania y los palestinos. Todos fueron violados. No hay razón lógica para que este nuevo acuerdo vaya a ser respetado. No es una simple razón de precedentes. Aquellos acuerdos no fueron respetados porque ninguna de las dos partes resolvía con ellos sus problemas, y este de ahora no los resuelve tampoco. Por una parte, existen considerables dudas acerca de la representatividad de los interlocutores. El Rey Hussein ha perdido mucho en estos últimos meses —y, en general, en los últimos años, a partir del terrible castigo de la «guerra de los seis días»— de su prestigio mítico. Los militares que le rodean —y no sólo los altos jefes, sino también los combatientes beduinos— están en estos momentos poco inclinados a pactar: han llegado a creer que tienen en sus manos la «solución final» del problema palestino y guerrillero, temen que el alto el fuego sirva para que el enemigo pueda rehacer sus fuerzas humanas y su material, y estiman que no debe dejarse pasar un momento que consideran favorable. Es, más o menos, la situación del otro firmante, de Yasser Arafat, con respecto a las guerrillas. La rama combatiente, la del doctor Habach, no ha participado en las negociaciones y, a la hora en que estas líneas quedan redactadas, no las ha aceptado todavía. Los palestinos sospechan que existe un

cierto complot internacional contra ellos. Han visto cómo las tropas sirias que habían cruzado la frontera jordana para acudir en su ayuda se retiraban, presionadas por la Unión Soviética. Ciertamente, en ese momento había cuatrocientos tanques israelíes en las alturas de Golán —donde la guarnición habitual es de unos setenta— dispuestos a entrar en Siria; la flota americana estaba dispuesta al desembarco y la guerra se hubiese generalizado. (La presión soviética consistió precisamente en advertir a Siria que no intervendría para contener a los israelíes ni a los americanos.) Para un grupo que se considera amenazado de exterminio, la extensión de la guerra no solamente no supone un problema, sino que es una bendición. Quedaron, por lo tanto, frustrados. De esta frustración brotan dos tendencias: la de Arafat, que consiste en salvar lo posible y evitar dar razones para el exterminio, y la de Habach y los combatientes, que es la de creer que su única posibilidad está en continuar la lucha y presionar con la fuerza que les queda —y que aún es mucha— para que el mundo no les entierre definitivamente.

Sobre estos condicionamientos está el texto en sí del acuerdo. Es poco satisfactorio. Y lo es porque no hay ninguna solución, por ahora, al problema. Los palestinos se comprometen a abandonar las ciudades del Norte —que habían ocupado durante la crisis— y, en general, la capital y las ciudades de Jordania para replegarse hacia el Jordán; muy concretamente, a extenderse hacia las líneas fronterizas de los territorios ocupados por Israel. Para muchos, aquí está preparada una trampa mortal. Israel ha advertido ya que en el futuro no responderá lo que considera provocaciones y actos de terrorismo con los acostumbrados «raids», con las «operaciones de castigo»: su actuación, ahora, sería una operación militar completa, una operación de destrucción. El punto tercero del acuerdo de El Cairo dice que las guerrillas ocuparán este territorio en «posiciones de combate que puedan servir para el ataque

## EL PODER VACANTE

De esta forma, su muerte comienza a abrir una serie de interrogantes difíciles ahora de responder. Es indudable que en El Cairo, a pesar del prestigio mítico de Nasser, hay grandes corrientes de pensamiento antinasserista —y no sólo los perseguidos, los reprimidos, los desplazados, sino también los que le han considerado culpable

Con Bmedian.



Con Fidel Castro.



Con Tito.



Con Kosygin.



de las catástrofes árabes: esas corrientes tenderán ahora a manifestarse y a tomar el poder—. Pero es indudable que tanto la URSS como Estados Unidos —como Israel, como Jordania— tienen un enorme interés en que no pase nada y en que se mantenga la continuidad. Las primeras declaraciones oficiales en El Cairo sostienen la idea del continuismo. Por eso se habla principalmente de la sucesión de Ali Sabry, que cayó en desgracia silenciosa hace algún tiempo por razones que se consideran como personales: es decir, por oposición a la gestión personal de Nasser, más que a la idea política de Nasser. Sabry es hombre que parece gozar de la confianza de Moscú, y Washington debe estar de acuerdo ahora, si la lógica existe, en que el nuevo hombre fuerte de El Cairo esté apoyado por la URSS. Es la mejor garantía de coexistencia y la solución de mal menor para los Estados Unidos, visto que parece imposible, por ahora, situar un pro-americano al frente de Egipto. Pero es posible también que el equilibrio se mantenga por una división de cargos. La muerte de Nasser deja vacante no sólo el cargo de Presidente de la República, sino también el de gobierno, el de presidente del Consejo Nacional de Defensa, el de secretario general del partido —único: la Unión Socialista Árabe— y el de comandante supremo de las Fuerzas Armadas. Es decir, el poder total. Una división de cargos entre distintas personas puede proporcionar, como queda dicho, el equilibrio: pero también puede producir disensiones graves. Sin embargo, la situación más grave es precisamente ahora, durante el tiempo en que el poder esté vacante, ocupado por la mecánica constitucional por el vicepresidente Sadat. Esta situación podría prolongarse durante sesenta días, que es el plazo que tiene la Asamblea para proponer un candidato a la jefatura del Estado, que luego debe ser aprobado en referéndum por el pueblo. Este procedimiento, en una situación de urgencia, tiene el gran peligro de la lentitud. Pero suponiendo que todos estos trámites se desenvuelvan con normalidad, el sustituto de Nasser tendrá inmediatamente que hacer frente a situaciones graves, como la planteada por el Plan de Paz y la rebelión palestina. Nasser, decidido en estos últimos tiempos al compromiso, debía hacer aceptar soluciones impopulares, como pueden ser la neutralización del esfuerzo de los hermanos palestinos, el reconocimiento de Israel como Estado, la posible pérdida de territorios y la imposición de un esfuerzo económico sobre todos los ciudadanos para tratar de restañar las pérdidas de los últimos años. Estas medidas impopulares hubiesen tenido posibilidad de ser aceptadas por el prestigio mítico de Nasser, cuya figura había recogido en gran parte el revestimiento religioso de los antiguos reyes religiosos, pero a otro pueden serle discutidas, negadas o protestadas.

Ante este examen de la situación, Nasser aparece como una pieza prácticamente irremplazable en la actual situación, a no ser que se crea en el provincialismo islámico o en la más realista coalición de Estados Unidos y la URSS para contener la situación.

a Israel»: la consecuencia de Israel es esta amenaza de intervención abierta. Durante su estancia en Estados Unidos, Golda Meir advirtió ya que la ocupación palestina del territorio fronterizo podría provocar una «intervención inmediata» del ejército israelí. Lo que sospechan los guerrilleros es que si fueran así atacados en su vanguardia por el enemigo israelí, podrían serlo simultáneamente en la retaguardia por el Ejército Real de Jordania y, cogidos entre dos fuegos, no tendrían posibilidad de sobrevivir. Está claro que, se examine el problema por donde se examine, la cuestión para los palestinos es estrictamente de supervivencia.

En esta coyuntura aparece una idea de solución que es, en el fondo, una mayor complicación. Es un plan que se atribuye a la conversación de Golda Meir con Nixon, y que consistiría en la creación de un nuevo país o, más exactamente, de una nueva Palestina que no estuviera situada donde lo estuvo hasta la creación del Estado de Israel. El territorio para la instalación de estos dos millones de «personas desplazadas» lo cedería Israel, pero esta generosidad aparece como muy relativa cuando se sabe que ese territorio es el de Jordania que actualmente ocupa: lo que se llamó en tiempos Cisjordania o parte de acá del río Jordán. Nixon, se dice, está dispuesto a que Estados Unidos preste la ayuda económica para este plan que, según Tel Aviv, sería el único que aportaría una solución auténtica para un problema que, como se ha visto en esta larga crisis, está centrado exclusivamente en los palestinos (en la reunión de El Cairo se ha visto bien la transformación de una doctrina: lo que años atrás era una guerra de la nación árabe se convierte ahora en un «apoyo a los palestinos en su lucha contra Israel»). La solución no es nueva. Fue una solución propuesta en 1947 por una comisión especial de la ONU, aceptada por la Asamblea General y por la Agencia Judía, pero rechazada por los árabes, cuyo ejército de liberación ocupó Galilea y Jerusalén. Fue entonces cuando el Consejo Na-

cional judío —presidido por Ben Gurión— entró en combate, deshizo la ofensiva árabe y se produjo el gran éxodo palestino; la ONU detuvo los combates y los extremistas israelíes, que esperaban una victoria decisiva y una ampliación de territorios, asesinaron al mediador de la ONU, conde Bernadotte. Como se ve, el antecedente de esta idea es funesto.

Pero en el contexto actual el principal dañado sería el Reino de Jordania, que espera de un plan general de paz la restitución de estos territorios y que se ve así amenazado de relegarse a los límites de lo que un día fue Transjordania. Ahora bien, la Transjordania es, salvo las zonas próximas al río Jordán, un desierto pedregoso, morada de beduinos y pastores trashumantes; es la Cisjordania la que daba su riqueza agraria al país, sobre todo a partir de los planes de irrigación mediante el río Jordán. Prácticamente, el Rey Hussein no sólo está disputando a los palestinos su propio trono en riesgo —lo cual le da el aspecto de defensa propia contra una revolución—, sino precisamente, ese territorio de lo que un día fue Palestina y que ahora se proyecta como una mini-Palestina. No debería estar dispuesto a esa concesión si no fuese como último recurso. Y en este punto cabe muy legítimamente preguntarse si la sospechosa oferta de Golda Meir de restituir este rico territorio (del que hace la excepción de Jerusalén, por su carácter religioso) no está hecha sabiendo que es imposible de realizar y que, en cambio, su manipulación puede ayudar a la división de sus enemigos. Si las propuestas de paz contenidas en el plan de los Estados Unidos (plan Rogers) hizo sentir a los palestinos que serían las víctimas de la solución, las propuestas de Golda Meir traspasan el papel de víctimas a los jordanos; si los palestinos se lanzaron a la guerra para evitar esa solución que les eliminaba, los jordanos pueden encontrar ahora en el plan de Golda Meir una razón más para tratar de exterminar a los palestinos.